

Tiempo de Rosas

Era un amanecido día soleado de enero, del año 2020, en la playa las gaviotas rozaban con su vuelo la espuma del mar. El horizonte lucía calmo, un cielo azulino y la oscura arena sin rastro de pisadas, solo algún tímido crustáceo interrumpía la quietud de aquella tranquila mañana.

Las noticias que leía en mi teléfono móvil, encandilada un poco por el sol, parecían indicar que algo no estaba bien en China. Me moví inquieta en la reposera, y le pregunte a mi hijo, quién leía silencioso un apunte de fisiología, dónde quedaba Wuhan. Apenas una sensación de incomodidad y compasión por el sufrimiento de otros, logró inquietarme por unos minutos, en ese día radiante, de brisa suave y cálida, que rápidamente me devolvió la calma. Me dispuse a leer el libro que estaba sobre el pareo, tirado sobre la arena, “Las Rosas en el Jardín”, guardé el teléfono en la canasta, para no inquietar ese tiempo de rosas.

El verano siguió su curso, al ritmo que marca el tiempo y ya febrero nos encontraba con un jardín florecido, solapado con la inquietud y angustia de saber que la Europa que visitábamos cada año estaba teñida de muerte y desesperación.

Cada vez menos, pero aún la lejanía del peligro inminente que aparentaba asegurar la distancia, me permitía volver de la playa con alegría, para regar las rosas, podar las flores envejecidas o desgastadas y elegir las mejores para los ramos de la misa de domingo.

Y cuando aún no estábamos preparados, ni entendíamos bien la realidad, el cielo oscureció, y todas las flores se marchitaron, las distancias no eran en lo absoluto, un obstáculo para evitar que el desconocido y mortal virus, desplegara su mala intención en cada rincón de la Casa Común, que el ser humano habita.

Esa Casa ahora, se coloreaba de muerte y enfermedad. Unidades de Terapias Intensivas colmadas, necesidad urgente de respiradores artificiales, médicos y enfermeros agotados, economías derrumbadas. Cambió drásticamente el escenario que habitábamos, estar con otros era un riesgo. ¿Cómo haríamos los seres relacionales que somos, para adaptarnos a un alejamiento forzoso? No festejaríamos cumpleaños, ni acompañaríamos nacimientos, tampoco acompañaríamos a nuestros enfermos o muertos, suspenderíamos casamientos y reuniones de amigos, ya no más ramos de rosas para la misa de domingo. El aire que siempre nos había pertenecido y asegurado la vida, estaba enrarecido de muerte y enfermedad.

Debimos aislarnos y desconectarnos, y la escena se pintó de incompreensión, miedo y enojo

Junto a mi familia decidimos retirarnos a nuestra pequeña cabaña en las afueras de la ciudad, ahí donde estaban las rosas, menos comodidades, más soledad. Después de todo, la historia nos marcaba que era tiempo de soledad, y en el escenario del jardín la enfermedad llegó a nosotros también.

Fuera de toda Humanidad, seguían ahí las rosas, con el canto matutino de los zorzales y el despertar vespertino del estanque. En el jardín sin conciencia todo era vida y el mes de septiembre contrastaba con la humanidad agonizante, los rosales con sus nuevos brotes se llenaban de bronceados follajes, pues nada detiene la primavera.

Y fue justo ahí, cuando el corazón palpitaba más rápido que lo esperado, secuela de la enfermedad que había pasado, que recordé la enseñanza de las rosas. Hay Tiempos para disfrutar sus fragancias y colores y Tiempos de sentir el dolor lacerante de sus crueles espinas.

Es Tiempo de Rosas, de salir afuera, hacia fuera, enraizar en la vida una vez más. Nosotros Rosicultores, bien sabemos que es necesario podar en el frío invierno, para que todo vuelva a brotar rejuvenecido y con mayor vigor.

Fueron Tiempos de Poda para esta Humanidad, pero nada detiene el tiempo, ni las primaveras y acá estamos resilientes, siendo por nuestra propia existencia, acaso se deja de florecer luego del corte de los tallos, por muy agresivo que haya sido, o por muy largo, frío y oscuro que haya sido el invierno.

Era necesario podar nuestra condición humana, sin importar ni cuestionar las ramas afectadas. Fue una poda que duró más de un año y medio.

Es tiempo de florecer ahora, de dar nuestra mejor fragancia y color, es tiempo de armonía y respeto, solidaridad, paz y bien. Para poder entre todos ser el jardín de rosas más bonito que pueda verse desde arriba. Es tiempo de rosas.

Marie avec des roses